

El *scorekeeping* y la experiencia en Brandom y Austin

Robert Brandom construyó una obra de alrededor de ochocientas páginas llamada *Making It Explicit*. Tomó casi una década para terminarla. En ella le propone al lector el desarrollo de su *scorekeeping*: un modelo de comunicación en el cual se explican los mecanismos a través de los cuales llegamos a la comunicación con nuestros pares como seres racionales. Este modelo del *scorekeeping* nos lleva en último término a discusiones sobre objetividad. Para reconducir su propuesta comunicativa al problema de la objetividad Brandom tiene en cuenta dos posibles posiciones a la hora de desarrollar su postura, a saber, una posición que tiende a fundamentarse en las prácticas sociales y otra que tiende a basarse en la experiencia. Finalmente, Brandom se decanta por las prácticas sociales, dejando a un lado la experiencia. No obstante, la promesa es intrigante e interesante: dar cuenta de un modelo de comunicación que prescinde de la experiencia.

Encontrar una forma de actividad lingüística donde se pueda llegar a acuerdos en los que podamos encontrar respuestas dentro de nuestra comunidad suena de entrada atractivo. Sin embargo, es fácil perderse por los caminos de la obra de Brandom que en cada página se ocupa minuciosamente de los detalles de cómo puede llegar a funcionar este modelo comunicativo. Leyéndolo, parece que no quedara grieta en su propuesta, pues lo explica todo. Esto me lo dejó claro, en conversación, el profesor Richard Bernstein, quien sostiene que Brandom pretende ser el Hegel del siglo XXI, es decir, pretende con su obra explicarlo todo. No obstante, el gran proyecto de Brandom deja abierta una pregunta acuciante: ¿se puede prescindir tan fácilmente de la experiencia y aún así seguir dando cuenta de nuestro lenguaje? Esta es la pregunta que guía el presente trabajo: el rechazo de la experiencia en el trabajo de Robert Brandom.

Esto sucede porque en manos de Brandom la experiencia tiene una caracterización particular, que debe ser evitada a toda costa para no caer en el Mito de lo dado y los rasgos del mal empirismo. En una primera parte, aclaro este análisis de la experiencia en el proyecto de Brandom y señalo las razones que para él justifican el rechazo de cualquier experiencia: que comienza por una lectura particular de Brandom sobre la crítica que Sellars hace al empirismo clásico en *Empiricism and the Philosophy of Mind*; posteriormente, a través de un texto donde

discute la postura de su colega John McDowell, se ve cómo la experiencia resulta inaceptable para el proyecto de Brandom.

Los defectos de las conclusiones extremas a las que llega Brandom pueden señalarse mejor por contraste con otras maneras, no necesariamente empiristas, de comprender la necesidad de la experiencia para el lenguaje y la comunicación humana como la aproximación propuesta por J.L. Austin para entender la función de la experiencia en nuestros usos del lenguaje. En diversos textos, pero específicamente en *Sense and Sensibilia*, *A Plea for Excuses* y *Other Minds*, Austin nos muestra que existe una relación vital entre el lenguaje y la experiencia en la que esta enriquece el lenguaje y a su vez el lenguaje no solamente sirve para consignar la experiencia pasada sino para establecer nuevas formas de experimentar el mundo. Esta es pues la propuesta que se persigue en este texto, a saber, que la experiencia puede poseer otras funciones que Brandom no reconoce. De este modo, una caracterización como la expuesta por Austin muestra, por contraste, las falencias en el modelo de Brandom cuya visión de la experiencia resulta a todas luces muy estrecha. Esto nos lleva a plantearnos la posibilidad de modelos que prescindan de la experiencia

1. Los elementos en la comunicación según Brandom

Pensemos cómo se desarrolla el día a día de una persona cualquiera: se despierta, se prepara para salir de su casa; luego de esto, saluda a sus familiares; toma algún transporte para cumplir con sus labores. Al subir dará los buenos días a quien conduce el vehículo; llegará a su trabajo, comentará con sus colegas cómo va el mundo, política, economía, cualquier tema. Finalmente, se pondrá a lo suyo: escribirá algún ensayo, pasará algún reporte, el informe de una junta pasada... y así hasta que regrese a su hogar. Esta rutina nos muestra que cualquier individuo anda inmerso en el uso del lenguaje, no importa lo que haga, pues es una herramienta vital propia de los seres humanos y quizá lo que nos distingue del resto de seres vivos que habitan el mundo. Tenemos tan interiorizado el lenguaje que en ocasiones perdemos de vista la gran complejidad que su uso reviste. No obstante, entender el lenguaje y cómo se usa, qué podemos hacer y qué no cuando hablamos con los demás en lo que llamamos conversaciones cotidianas, ha resultado ser un genuino problema filosófico.

Con el propósito de mostrar de qué manera funciona el lenguaje, Brandom diseña un modelo donde delinea los puntos que considera esenciales para la comunicación, esto es, las aserciones de enunciados que podemos evaluar como verdaderos o falsos, sin considerar, por ejemplo, preguntas u otro tipo de formas verbales. Sin embargo, aunque el pensador americano reconoce que este es un lenguaje artificial, concede que al finalizar su análisis encontraremos (o debemos encontrar) un reflejo de lo que hacemos cuando estamos hablando.

Para considerar cómo concibe Brandom la comunicación es preciso tener en cuenta dos conceptos de otros pensadores: el lenguaje como el juego de dar y recibir razones, proveniente de Wilfrid Sellars, y la noción de David Lewis del lenguaje como una actividad gobernada por un *scorekeeper*. La combinación de estas dos perspectivas configura para Brandom la estructura de la comunicación entre seres racionales y garantiza su éxito.

El lenguaje para Brandom es el *juego de dar y recibir razones*, poniendo de presente el carácter proposicional que tiene la comunicación humana. De este modo, la comunicación se basa en la producción de enunciados que emitimos, pero que al mismo tiempo recibimos en caso de necesitarlos. En la comunicación no hay más elementos que enunciados. Ahora bien, los enunciados que producimos los seres humanos pueden servir como premisas o conclusiones de nuestros argumentos. Para que dichos argumentos puedan tener sentido es necesario que los enunciados se puedan conectar los unos con los otros. Brandom considera que esto es posible gracias a las inferencias con las que estamos capacitados los hablantes, inferencias que son de carácter lógico; por ejemplo, a partir del enunciado

“El carro es azul”,

ergo,

“El carro tiene un color”;

pero también es posible comprender mediante inferencias materiales. Por ejemplo,

“Para que el teléfono funcione, debe estar cargado”.

Este rasgo constituye lo que se podría denominar *el sentido inferencial de la comunicación*.

Adicionalmente, Brandom establece que el lenguaje tiene un sentido deóntico, que es mejor expresado con el concepto del *scorekeeping*. Este concepto reconoce que todos los hablantes tenemos, como en los deportes, un *marcador o puntaje* que se afecta a medida que se van cumpliendo las reglas del juego, en este caso, el juego de dar y recibir razones. Los hablantes podrán determinar lo que es correcto o incorrecto, apropiado o inapropiado, teniendo claras unas normas (Brandom, 1998, p. 159). La puntuación en el marcador es una labor que debe realizar el hablante, pero principalmente es el interlocutor el encargado de valorar, ya que es aquel quien determina al final el marcador del hablante. Surge entonces la pregunta: ¿de qué manera se determinará la corrección de los enunciados que se han emitido? Y la respuesta la encuentra Brandom en las prácticas sociales, es en la comunidad en que se encuentra inmerso el individuo donde se puede hallar la respuesta sobre lo que es objetivamente correcto. En sus propias palabras:

“Entitlement is, to begin with, a social status that a performance or commitment has within a community” (Brandom, 1998, p. 177).

Brandom incorpora un lenguaje deóntico que es como moneda de cambio una vez adentrados en su texto, pero que no es común en el habla ordinaria. Por tal motivo, términos como *commitments* y *entitlements* serán más claros con un ejemplo que bosquejaré a continuación donde esté involucrada la comunicación.

2. La labor del *scorekeeper*

Un par de amigos, Juan y Carlos, se encuentran para hablar del viaje que Carlos realizó a Australia. En el recuento de sus memorias, Carlos le comenta a Juan que le parece increíble la gran cantidad y variedad de animales que se pueden hallar en el país oceánico, y le dice a Juan:

“El avestruz está en los escudos Australianos.”

Carlos subraya lo que más le impresionó: que el escudo nacional Australiano incluye un ave, y no cualquier ave: un avestruz. Sin embargo, Juan cree que Carlos está equivocado, pues tal vez lo que vio no fue un avestruz sino un ave bastante similar, el llamado *emú Australiano*. Entonces le pregunta: “¿tal vez no habrás visto un ave como un avestruz, pero que realmente es otra ave?”, a

lo que Carlos responde, “Pues te aseguro que lo que vi era un avestruz... O bueno, eso fue lo que mi padre me dijo cuando estábamos allá”.

A partir de este ejemplo podemos apreciar tres elementos clave para entender el carácter deóntico característico del lenguaje en Brandom. El *commitment* (compromiso), el *entitlement* (permiso), y finalmente *incompatibility* (incompatibilidad). El primero de estos elementos consiste en una de las reglas que debe seguir el hablante al momento de producir los enunciados. Cuando Carlos dice:

“El avestruz está en los escudos australianos”,

está afirmando como verdadero el enunciado emitido, aceptando que es de esa forma y deberá defenderlo en caso de ser requerido. El *entitlement* es otro de los puntos que afectan el marcador cuando hablan los individuos. Puede resumirse como la permisibilidad con la que cuenta un sujeto para hacer o decir algo, sin dejar de lado los compromisos adquiridos con anterioridad. Brandom hace una analogía de estos permisos con los de alguien, por ejemplo, cuando desea ir al cine o al teatro: con el boleto en mano, entonces, adquiere el permiso para poder ingresar a la sala. En caso de no poseer el boleto, no podrá ingresar a la sala. De modo análogo, cuando Carlos asegura que un avestruz está en el escudo nacional australiano, tiene el boleto para describir un ave de unas características particulares. Entonces, el boleto solo le será válido en el entendido que esté realmente describiendo un avestruz. Finalmente, *incompatibility* (incompatibilidad) se halla en situaciones en que habiendo sido enunciado un compromiso, este imposibilite tomar otros compromisos; en el caso presente se podría asegurar que si Carlos hizo saber a su interlocutor que en los escudos australianos se encuentra un ave, será visto como algo incompatible que esté describiendo un caballo, por ejemplo. Aunque de hecho Carlos pueda estar equivocado con respecto al *tipo* de ave que está describiendo, su descripción es incompatible con que él esté describiendo un caballo y no un ave.

Estos son los elementos usados en el juego que plantea Brandom. Sus protagonistas, o los jugadores, son principalmente dos: un hablante, pero sobre todo, quien estará atento a los enunciados emitidos, esto es, el *scorekeeper*. El *scorekeeper* es quien recibe el permiso que está en manos del hablante y cumple la función de juzgar la validez o legitimidad del permiso. El hablante puede dar por correcto lo que ha dicho, pero es su interlocutor quien acepta lo que está

diciendo. Para esto, el interlocutor hace uso de inferencias que conectan los enunciados emitidos y determinar si es posible hacer el movimiento pretendido por el hablante, o si, por el contrario, debe llamarle la atención respecto a lo que está haciendo. Siguiendo esta consideración, en el supuesto de que el *scorekeeper* tenga a bien resaltar que lo dicho por el hablante carece de sentido —es decir, que haya una incompatibilidad entre los compromisos que aparecen en su marcador—, en ese momento se le puede pedir al emisor que aclare, o mejor, que justifique aquello que está diciendo, en lo que Brandom llama *default and challenge structure of entitlement*.

Brandom señala que el hablante tiene tres caminos posibles para defender lo que está diciendo, tomando como punto de partida la estructura usada para determinar la permisibilidad de sus enunciados. En primer lugar, se puede obtener el permiso en la medida que el enunciado sea justificado. Para esto se tienen que dar razones; en otras palabras, es preciso emitir enunciados adicionales como premisa(s) para apoyar el enunciado puesto en cuestión, que hará las veces de conclusión. En segundo lugar, se puede hacer una defensa del enunciado endilgando la autoridad del enunciado a un tercero, dando, *prima facie*, por justificado el enunciado. De este modo, la responsabilidad de quien habla queda remitida a un tercero, pues una de las funciones comunicativas consiste en permitir que lo oído por las demás personas se vuelva a decir con cierta autoridad. En tercer lugar, el hablante puede defender lo que dice mediante autoridad propia, es decir, de quien hace reportes no inferenciales (Brandom, 1998, p. 174). Estas son las formas de defender el enunciado emitido. Sin embargo, en el momento que haya una incongruencia entre estos patrones de defensa de enunciados, ¿tendría prioridad uno por sobre los otros? Por ejemplo, Carlos podría inferir que el animal es un avestruz a partir de haber leído que los avestruces son consideradas aves altivas y valientes con las que los australianos tienden a identificarse; o podría creer socialmente lo que dice su padre, alguien investido de una cierta autoridad; o tendría la posibilidad de constatar que el animal representado en el escudo es un avestruz si observa un avestruz real. ¿Cuál de estos patrones puede ser el más apropiado? Una respuesta tradicional es tomar el tercer patrón, que involucra justificación no inferencial, como la opción por defecto en términos de la cual los otros dos patrones se evalúan. Esta posición, que le da la prioridad a la observación empírica en la defensa de enunciados, se descarta en virtud de uno de los rasgos más importantes del modelo de la comunicación de Brandom: su crítica a

cualquier modelo empirista de la comprensión del lenguaje que asuma implícita o explícitamente el Mito de lo dado.

3. Las raíces del modelo de Brandom: el Mito de lo dado

El proyecto de Brandom se construye con unas bases que tienen como precursor a Wilfrid Sellars y su influyente artículo *Empiricism and the Philosophy of Mind* (EPM). Es decir, Brandom prepara su texto como una continuación de los temas tratados por Sellars en este artículo. De esta suerte, para entender el modelo de Brandom es necesario detenerse en los elementos relevantes del texto de Sellars, especialmente en el llamado Mito de lo dado, el cual reviste gran importancia para el desarrollo posterior de Brandom.

A través de su texto, Sellars desea poner de presente los problemas que constata del empirismo clásico. En líneas generales, el argumento de Sellars se dirige a mostrar que los empiristas tomaron caminos equivocados a la hora de ofrecer una base que soportara el conocimiento humano. En la medida que los empiristas asumían que las percepciones sensoriales eran el elemento principal para obtener el conocimiento requerido por los seres humanos, a ojos de Sellars, se generaban dos problemas: en primer lugar, bajo este entendido los hechos no inferenciales podrían ser independientes; en segundo lugar, según esto se puede pensar que las percepciones sensoriales representan la corte de apelación a la cual dirigirse para determinar el conocimiento de los hechos acerca del mundo (EPM § 32). Esto resulta un error pues de aceptar el camino propuesto por los empiristas se está invadiendo un espacio que no hace parte del mundo de la experiencia perceptual. Sellars distingue entonces un espacio inferencial de un espacio no inferencial. En el primero se llevan a cabo las diferentes conexiones, que sirven para justificar otros argumentos, entre las proposiciones que surgen del lenguaje. En el segundo se encuentran las percepciones sensoriales, que no pueden tener, para Sellars, una supremacía epistémica. Si se tiene en cuenta que el espacio inferencial solamente puede estar habitado por conceptos, los cuales son expresados en proposiciones, mientras que el segundo espacio permite los elementos causales, entonces se logra comprender su desacuerdo con los empiristas. Aceptar que los hechos no inferenciales puedan ser independientes y aceptar el fundacionalismo que existe en el empirismo para justificar el conocimiento implica que el espacio no inferencial tiene

inherencia sin más, esto es sin mediación conceptual, en el espacio inferencial. En ese sentido, algunos críticos han comparado el Mito de lo dado a un fundacionalismo (Williams, 2009, p. 154). Esto es lo que asume Sellars como los puntos centrales que conforman el Mito de lo Dado. La interpretación sobre estos puntos ha sido un terreno cenagoso para los comentaristas de Sellars. Lo interesante para mi discusión es la lectura que Brandom hace de Sellars.

La lectura que hace Brandom de *EPM* acerca del ataque al empirismo clásico aclara algunos elementos importantes que señalan la relevancia que tiene el lenguaje en la propuesta de Sellars, por una parte, y de la estructura que tiene el empirismo que Sellars rechaza, por otra. Frente a ella es necesario tener presente que la interpretación que Brandom hace de Sellars es particularmente propia, con esto quiero decir que Brandom explica a Sellars con sus propios términos y conceptos. El primer punto que Brandom ofrece a los lectores para la interpretación de Sellars es la relación que este último marca entre lenguaje y conocimiento. Brandom sostiene que la visión sellarsiana se basa en la creencia de que todo conocimiento epistémico debe estar apoyado en un contenido proposicional. De esta manera el conocimiento se da en el juego que Sellars llama de dar y recibir razones. Es en esta producción de oraciones, de enunciados, que los conceptos pueden brindarnos conocimiento. Teniendo como eje central su justificación epistémica resulta más sencillo ver lo que Sellars encuentra de problemático en el Mito de lo dado.

El segundo punto tiene que ver con la estructura de justificación usada por los empiristas, con la cual Sellars no está de acuerdo. Los empiristas se vieron enfrentados a un problema de justificación epistémica con dos posibles salidas: por un lado, se encontraba la opción de considerar que la justificación se hallaba reducida a las proposiciones; pero entonces se llega a un *regressum ad infinitum*, es decir, no se encontraría un punto que sirva como base y principio de conocimiento. Por tanto, según los empiristas, la única base que acabaría con la discusión sobre el fundamento del conocimiento son las experiencias perceptuales. Brandom y Sellars notan diferentes problemas en este argumento.

Brandom ataca los diferentes elementos que componen este análisis:

1. El objeto físico;
2. Sensación de un contenido sensorial;

3. Creencia no inferencial;
4. Creencia inferencial.

Según su interpretación, el punto de los empiristas que molesta a Sellars es que estos hacen de las transiciones de 1 a 4 algo natural, casi mecánico. Por ejemplo, al estar frente a la presencia del color rojo de manera pasiva se adquiere el conocimiento de este (Brandom, 1997, p.127) como si fuera puesto ante nosotros y no requiriésemos nada más; en palabras de Sellars, es algo que nos *es dado*. Brandom muestra al lector que para Sellars esto no es así. El problema reside en la transición que se hace entre 3 y 4, puesto que, como se ilustró con anterioridad, el espacio inferencial de 4 está habitado por el conocimiento humano que es proposicional. Frente a esto Brandom le recuerda al lector algo que puede pasar desapercibido en las líneas de Sellars: el juego de dar y recibir razones no es *natural* sino *normativo*. Por tal motivo, aquellos que establecen cómo funciona el espacio inferencial no es ya el científico que describe el mundo, sino que es el epistemólogo o el lógico el que pone las reglas de cómo debe funcionar este espacio, donde se tiene que estar justificando lo que se dice o se tiene que dar justificación en caso de que se pregunte (Brandom, 1997, p. 127). Este aspecto debe ser tenido en cuenta para la discusión más adelante. De este modo, Brandom hace ver el proyecto de Sellars como uno en el que la experiencia —esta posibilidad de que la externalidad tenga una fuerza en la construcción del lenguaje— no tenga cabida y no pueda participar en la generación de conceptos proposicionales, ni, por lo tanto, de conocimiento. La experiencia no puede funcionar como corte de apelación en las discusiones inferenciales.

4. Brandom y su relación con el empirismo

Brandom fue, junto con John McDowell, quien más tomó en serio las palabras de Sellars acerca del conocido *The Myth of the Given* (Mito de lo dado), sus críticas a los empiristas y a su forma de concebir el mundo desde un punto de vista epistemológico. Sellars sostenía que las aproximaciones empiristas al mundo resultan erradas en la medida que pretenden hacer movimientos que no están permitidos en la comunicación humana porque confunden el espacio normativo con el espacio causal. Para Brandom este error de no distinguir entre uno y otro tiene graves consecuencias que lo han llevado a la postura radical —sostenida por ejemplo en el texto “Three Problems with the Empiricist Conception of Concepts”— de aseverar que el empirismo

no tiene nada que aportar a la filosofía del lenguaje. En ese texto Brandom exhibe las debilidades prácticas que tiene el empirismo clásico. Así las cosas, resulta provechoso estudiar en qué medida es apropiado el rechazo del empirismo a la hora de construir un modelo comunicativo como el que propone Brandom para dar cuenta de las prácticas sociales.

Para comenzar, vale resaltar que la propuesta de Brandom consiste en agrupar las alternativas posibles para dar cuenta de la proveniencia del contenido de los conceptos, lo que llamaré *contenido conceptual*. Brandom identifica tres alternativas posibles: el empirismo, el racionalismo, y una síntesis donde empirismo e inferencialismo puedan convivir mutuamente para resolver el problema del contenido conceptual (Brandom, 2009, p 180). De estas tres opciones, se analizará la alternativa empirista. En el desarrollo formulado, Brandom muestra las situaciones a las que el empirismo no puede dar respuesta, y que por el contrario sí puede dar el racionalismo¹. Brandom indica dos problemas del empirismo que son relevantes para la discusión, de modo que en lo que sigue me detendré a exponer en qué consisten y, mediante un ejemplo de Brandom ilustraré la relación que tiene este último punto con su modelo del *scorekeeper*.

Para entender el primer problema que reconoce Brandom en la postura empirista frente a la adquisición de contenido conceptual, lo que él llama “la inhabilidad para distinguir el tipo de complejidad de *lo conceptual como tal*” (Brandom, 2009, p. 196), se debe tener presente que Brandom caracteriza a los seres humanos como organismos o sistemas que poseen la facultad de una disposición para responder diferencialmente y con cierta confiabilidad a los estímulos causales. En ese sentido, si el objetivo es apropiarse de un concepto, entonces la persona debe cumplir con las condiciones de esa disposición. Sin embargo, a ojos de Brandom este es el primer obstáculo de la postura empirista, en tanto que los empiristas asumen que la mera respuesta ante los estímulos causales es lo que permite adquirir el contenido conceptual. Bajo el entendido empirista, el simple hecho de observar, por ejemplo, que “esto es rojo” nos otorgaría el contenido de los conceptos por el que pregunta Brandom (Brandom, 2009, p. 182). Sin embargo, la mencionada respuesta no es satisfactoria para Brandom puesto que responder a los estímulos

¹ Cuando Brandom se refiere a racionalismo en este texto, el lector debe tener en cuenta que está refiriendo a una categoría que él considera como racionalismo *pragmático*. Este tipo de pragmatismo le permite incluir dentro de las inferencias los estímulos sensoriales en lo que llama *inferencias materiales*.

es una acción que puede ser llevada a cabo por cualquier clase de ente; en este caso específico ante la presencia de un color, Brandom sugiere que esto puede suceder en el caso de fotoceldas y aves que responden a la presencia de los estímulos. De esta manera, nada distinguiría a los seres humanos de los demás seres sintientes, pero tampoco de simples cosas, entonces, ¿cuál puede ser el elemento que diferencia a los seres humanos?

Para Brandom los seres humanos capaces de usar conceptos requieren un elemento distintivo que vaya más allá de la respuesta a los estímulos externos. Esta es una condición *necesaria* pero no *suficiente*. La condición que hace la diferencia es el entendimiento o comprensión de esos estímulos. Solamente cuando un estímulo es interpretado de acuerdo con pautas sociales podemos atribuirle un significado como parte de nuestras prácticas sociales. Los conceptos aportan este nivel de interpretación. Es decir que nosotros le podemos atribuir un significado a los estímulos que recibimos, y es en la atribución social de significado que el concepto puede comenzar a cumplir un valor práctico en otras cadenas inferenciales (Brandom, 2009, p. 184). La mera respuesta no ofrece el contenido conceptual, hace parte de la formación de este, pero es el entramado social el que confiere su significado; por lo tanto, hasta este momento, la experiencia perceptual para Brandom cumple un papel poco determinante a la hora de explicar el contenido conceptual. Los empiristas parecen confundir *origen* con *significado*.

El segundo problema del empirismo tiene que ver con el concepto de confiabilidad (*reliability*). Los empiristas consideran que la aplicación de un concepto está determinada por la respuesta que brinda la percepción sensorial, la cual permite establecer que las cosas son de determinada manera, asegurando los hechos de manera objetiva (Brandom, 2009, p. 185). Esta caracterización de la confiabilidad que brinda la experiencia para el contenido conceptual es inapropiada para Brandom puesto que si se acepta que las percepciones cumplen esta función, entonces se estarían naturalizando los conceptos y basando el espacio causal en el orden lógico. Esto es para Brandom un error en la medida que se equipararían las razones con las causas (Brandom, 2009, p. 185). Como ya se ha aseverado, al proceder así, los empiristas caen presa del Mito de lo dado, puesto que están haciendo que la correcta aplicación de un concepto, indefectiblemente determinada por un espacio racional esté a merced del orden natural o causal.

Por ejemplo, los empiristas afirman que algo “es rojo” debido a las respuestas sensoriales obtenidas y no porque haya sido un derivado conceptual que hace parte de la descripción de un determinado objeto. El problema de esta respuesta empirista se puede apreciar con mayor claridad en un ejemplo de Brandom:

Consider Barney, whom we would intuitively take to be a reliable reporter of red barns. Barney is looking at a red barn in good light, and he reports “There’s a red barn”. What Barney doesn’t know, however, is that he is in Barn-Façade County. The local hobby in that county is building incredibly lifelike trompe l’oeil façades of red barns. Ninety-nine percent of what appear to be red barns in this county are actually such façades. Barney is not capable of discriminating real barns from these façades. It is just dumb luck that he happens to be looking at one of the few real red barns in the county (Brandom, 2009, p. 186).

Barney es alguien que es confiable para hacer reportes sensoriales y se encuentra frente a una granja de color rojo. Siguiendo el precepto de los empiristas, según el cual la respuesta se halla en la información que nos proveen los sentidos, Barney habría hecho el reporte de manera confiable. No obstante, el ejemplo pone en una difícil situación a Barney ya que lo ubica en Barn-Façade County, un lugar donde las casas son copia de una granja. Por tal motivo, puede ser que Barney esté observando una casa en lugar de estar observando una granja roja. En este contexto, Brandom sostiene que no es posible seguir a pie juntillas a los empiristas en su empresa de hacer caso a los sentidos y otorgarles autoridad a la hora de determinar si el reporte es confiable o no, en la medida que el reporte depende del referente que se esté considerando y su articulación con los demás elementos. Por lo visto, no sería posible apelar únicamente a los sentidos, puesto que aunque Barney tiene una cierta respuesta disposicional, sus sentidos no son capaces de lograr una discriminación de dicho referente, que solo se logra uniéndolo a diferentes conceptos. Es decir, al encontrarse con una experiencia visual como ver una construcción con una puerta en su frente y unas ventanas no se puede saber si es una casa, una oficina o una fábrica. Por este motivo, Brandom explica que las percepciones solas no pueden establecer claramente el referente y por lo tanto no se puede saber si quien enuncia determinado objeto a partir de sus percepciones es confiable o no (Brandom, 2009, p. 187). Lo anterior es el resultado de no considerar en conjunto los elementos que componen el objeto de análisis por parte de la información de los sentidos, puesto que la confiabilidad está determinada por unas convenciones

en las cuales las granjas están referidas como casas y no como granjas. Este ejemplo nos muestra que la concepción empirista de los conceptos resulta muy limitada en un aspecto crucial: cualquier explicación del contenido conceptual debe abrir el espacio para una distinción entre lo que parece ser y lo que es. El contraste entre lo que parece ser una granja y lo que es una granja no se explica en términos de los estímulos que Barney recibe, sino en términos de cómo esos estímulos pueden ser interpretados por reglas o convenciones usuales acerca de la construcción de casas en Barn-Façade County. Así las cosas, Barney podría ver que las granjas poseen animales diversos y que, en el caso de Barn-Façade County, este es un elemento faltante, por lo cual reevaluaría su juicio basado exclusivamente en la percepción de los sentidos. El simple hecho de ver cosas no deriva inmediatamente en la potestad de decir que las cosas sean de una manera determinada, algo que se logra gracias a la interconexión conceptual que pueden brindar las inferencias.

Un elemento que aparece de forma tácita en el ejemplo anterior y que es un punto central para su modelo del *scorekeeping* es la relevancia que tiene el juicio sobre la corrección de lo que dicen los hablantes, es decir, de cómo pueden determinar cuándo algo es correcto o incorrecto de acuerdo con el modelo. La concepción empirista de un conocimiento inmediato e independiente no puede otorgar la clase de respuestas que requiere el *scorekeeper* pues es verdad que el rojo no es rojo solo porque lo veamos y también es cierto que todo lo que vemos no da cuenta de la realidad objetiva debido a que requerimos la conexión inferencial para poder decir si lo que está diciendo el hablante, en este caso Barney, es correcto o no. Para ello requerimos claridad en el concepto granja, qué compone una granja, las actividades que se realizan allí y solo podemos lograrlo mediante una conexión inferencial. Si consideramos, como creo que es factible hacerlo, que el empirismo como lo muestra Brandom presenta tantas deficiencias como explicación del contenido conceptual de nuestro lenguaje, estaremos más que preparados para abjurar del empirismo clásico. Brandom da cierre a su texto haciendo patentes las dificultades que presenta el empirismo, sin restringirse a sugerir que la opción más adecuada es aquella que propone una síntesis en la cual esté presente el componente racionalista inferencial y el componente empirista de la experiencia. Dicha propuesta no suena descabellada, en la medida que es unión que solo muestra ventajas. Sabiendo que Brandom se considera un racionalista, y su proyecto es

inferencial, surge la pregunta de si está dispuesto a aceptar la experiencia como complemento de su proyecto, pero ¿qué tipo de experiencia podría tener en mente?

5. Experiencia como rezago del empirismo

El problema del empirismo es *grosso modo* querer explicar de manera completa los juicios que se hacen sobre el mundo. Pero las dificultades del empirismo no invalidan la tesis de que la información proveniente del exterior no sea relevante para la producción de lenguaje y la consecuente comunicación humana. Ahora bien, si bien las consideraciones hechas nos han mostrado las dificultades de aceptar el empirismo en su totalidad parece que la experiencia como esa relación con lo externo puede hacer parte del modelo propuesto por Brandom. Con el propósito de brindar una respuesta adecuada al mencionado interrogante se tomará en consideración el texto “Non-inferential knowledge, perceptual experience, and secondary qualities: placing McDowell's empiricism”, en el cual Brandom adopta una posición definida con respecto al papel que tiene la experiencia.

Brandom presenta la experiencia partiendo de la perspectiva de John McDowell. Considera que hay tres perspectivas de empirismo, a saber, una de corte epistemológico, una semántica, y finalmente una desde la filosofía de la mente. Para Brandom, McDowell es un empirista en estos tres sentidos (Brandom, 2002, p. 92). Dado que el presente texto se centra en su modelo de comunicación lingüística, es relevante tener presente la noción de empirismo semántico que Brandom le está endilgando a McDowell. Esta noción de empirismo sostiene que el contenido proposicional o conceptual no es entendible si no consideramos su relación con la experiencia perceptual (Brandom, 2002, p.92). Es momento, entonces, de observar la forma en la que según Brandom McDowell delimita la experiencia sin rechazar de tajo el empirismo, pero también sin caer en el Mito de lo dado.

Una de las características principales que posee la experiencia perceptual, a ojos de McDowell, es lo que podríamos denominar su *transparencia*: cuando es correcta permite conocer genuinamente el hecho que se está percibiendo (Brandom, 2002, p. 94). Para Brandom esta característica no es del todo cierta, puesto que en múltiples ocasiones los sentidos escapan a esta

corrección que sugiere McDowell. Para hacer esto más claro, Brandom pone como ejemplo el quehacer de los físicos en los laboratorios a la hora de reconocer mesones mu, y de aquellos que se encargan de determinar el sexo de los pollos. En ambos casos la vista no es lo suficientemente fina como para dar un juicio de fondo al respecto. Así que el asunto debe ser resuelto mediante inferencias; en el caso de los físicos inferencias que consideran que cuando se presentan cámaras de vapor en el laboratorio, sin verlo, lo más probable es que existan mesones mu. El caso de los pollos es, curiosamente, un poco más complejo, en la medida que Brandom sostiene que la discriminación no se realiza por medio de la vista, sino que es por medio del olfato y los encargados no se han dado cuenta cuál es el sentido que está en funcionamiento. Teniendo en cuenta estos ejemplos, Brandom se pregunta si en lugar de estar dando el lugar privilegiado a la experiencia no se debería tener en cuenta la *confiabilidad* de las respuestas que dan los hablantes ante la presencia de estímulos determinados. De acuerdo con esto, la confiabilidad del hablante viene dada por las respuestas que este proporciona frente a los estímulos, por ejemplo, a la hora de determinar el sexo de los pollos de manera correcta (Brandom, 2002, p. 97).

Pero existe un punto más problemático para la noción de experiencia perceptual en McDowell:

The revelation of perceptible fact in perceptual experience is “immediate” in the sense that the conceptual abilities required (by the first condition above) are exercised passively in perception. They are the very same conceptual abilities exercised actively in, say, making a judgment as the result of an inference, but differ in that the application of concepts in perceptual experience is wrung from us involuntarily by perceptible facts (Brandom, 2002, p. 95).

Brandom reconoce el lado racionalista de McDowell en la medida que este entiende la experiencia como un logro conceptual. Argumenta McDowell que para percibir un objeto, y que este pueda servir como evidencia para un pensamiento o creencia, es necesario que esté bajo un concepto (Brandom 2002, 92). Aquí la experiencia juega un papel de interrelación con la parte conceptual en la que “el uso de conceptos y la experiencia perceptiva son dos aspectos de *un mismo* logro” (Brandom, 2002, p. 93). Pero según Brandom esta síntesis propuesta por McDowell es eclipsada por la gran relevancia que le otorga a la experiencia perceptual. Lo anterior debido a que, si bien McDowell no cae en el Mito de lo dado al hacer de la experiencia

parte del contenido conceptual, Brandom le critica que las percepciones actúen de manera pasiva, y que aún así estas tengan el carácter determinante. Lo anterior devela la preocupación de Brandom sobre la mediación de los conceptos. En caso de que las percepciones sean las que dicten la corrección de lo que se está diciendo, no habría la intervención normativa del lenguaje. Por lo tanto, incluso esta alternativa de McDowell a Brandom le resulta inapropiada: si la balanza se inclina hacia la experiencia perceptual, el contenido conceptual sería *inmediato*. ¿No suena similar esto a uno de los problemas del empirismo tradicional? Ciertamente, desde este momento se ve cómo Brandom se aleja de la experiencia perceptual:

Once we have relinquished the Myth of the Given, we must be careful not to assimilate the making of such non-inferential judgments to the identification of something by criteria. I may apply the concept "white oak" to a tree because I have noticed the characteristic bilateral, symmetrical, roundly lobed leaves. It makes sense to ask how I knew that it was a white oak, and an answer can be given. But in the case of red things, there is no set of features I am noticing, from which I conclude that they are red. I can just tell red things by looking at them. If there weren't some features like this, there couldn't be any empirical knowledge of the sort exemplified by my white oak judgment either. I can say that the patch looks red, in a sense of "looks" that is no more committive than that involved in saying I can tell red things by looking at them. That is the only sense in which the world need appear to me as anything. (Brandom, 2002 p. 99)

Al examinar estas palabras se deduce que el Mito de lo dado se ha transformado en las manos de Brandom. El punto inicial contra el que batalló Sellars fue una creencia establecida y difundida en la que la experiencia perceptual era lo único que se necesitaba para la adquisición del conocimiento y como consecuencia la confusión de naturalizar un espacio que es normativo, el lenguaje. No obstante, el conocimiento aportado por la experiencia cumplía un papel relevante más allá del Mito de lo dado; lo más relevante, entonces, era saber de qué manera se incluye el Mito en la producción lingüística. Sin embargo, aunque en principio la postura de Brandom parecía ser mostrar las falencias de un empirismo exacerbado sin eliminar del todo la experiencia, nos encontramos frente al duro hecho de que Brandom está equiparando la experiencia perceptual al mal empirismo. De acuerdo con su posición en el anterior pasaje, de no intervenir las inferencias, el contenido conceptual sería inmediato, lo que hace que la autoridad y

la verdad fuesen producto exclusivo de la experiencia y esto nos conduciría de nuevo al Mito de lo dado.

Ahora bien, el pasaje también nos deja ver el complejo tratamiento que hace Brandom de la experiencia perceptual. En un primer caso se trata de objetos que son conceptualmente complejos, como es el caso del *white oak*. Si es requerido, un objeto se puede justificar como ejemplo del concepto de árbol en la medida que tiene unas características que son propias de un roble. Ahora bien, existen casos que son conceptualmente simples como es el caso de

“Esto es rojo”.

¿Cómo se puede justificar este enunciado según Brandom? Parece que solo ostensivamente. Brandom intenta resolver la situación no dando primacía a la experiencia de que aquello que se está viendo es rojo, como alternativa lo que hace es introducir el uso de “*looks*” para permitirse hablar de un compromiso no inferencial pero sin tener un compromiso fuerte con lo externo. Según él solamente se necesita que yo pueda afirmar

“Esta mancha frente a mí *parece* roja”,

con el mismo tipo de compromiso que asumo cuando afirmo:

“Yo puedo determinar qué cosas son rojas cuando las veo.”

Según la explicación de Brandom, no necesito ver la mancha para estar justificado en mi afirmación de que es roja. Tengo derecho de afirmar que ella es roja porque puedo *suponer* que en caso de verla, yo puedo decidir que es una cosa roja. “Este es el único sentido en que es necesario que *el mundo* me parezca algo”, concluye Brandom. De este modo, los estímulos dejan de tener la fuerza y autoridad que tenían antes, y la solución de Brandom no responde del todo al contacto con el mundo. De adoptarse la noción de compromiso que sugiere Brandom en este pasaje, enunciar que

“x *parece* rojo”,

dispensa al que enuncia la oración y al que la evalúa de pensar que en esta frase se está hablando de las cosas externas —evitando así la primacía de la experiencia a la que tanto teme Brandom— pero al mismo tiempo ambos quedan en un limbo porque no se tiene claridad qué indica este *parece*. ¿Indica que solamente se requiere que seamos capaces de decir, por ejemplo, que con este enunciado simplemente se ha afirmado que el concepto *rojo* se ha ejemplificado pero no se afirma nada sobre un objeto externo al hablante y al oyente? ¿Indica acaso que es posible

suponer que este es un caso en que el concepto para color *rojo* cumple con sus requisitos lógicos usuales y nada más? Brandom hace uso de “*looks*” como una especie de operador lógico que evita tener que recurrir a un enunciado que haga referencia a la experiencia de objetos externos. Esto quiere decir que en las situaciones en que la persona tenga seguridad de los elementos que está viendo, o en los que tuviese que inclinarse a la presencia de elementos externos que conduzcan al temido Mito de lo dado, Brandom propone que el operador *looks* salga al paso para reemplazar la forma normal del posible enunciado. De esta manera, tenemos que este operador lógico funcionará como un reemplazo de lo que *es*, por lo que *parece*, haciendo pensar que hay una diferencia epistémica en este reemplazo

Como se mostró en (4), Brandom sostiene que un elemento esencial para que se pueda hablar de la justificación no inferencial es la confiabilidad que se tenga de las percepciones sensoriales (Brandom, 1998, p. 217), pero vimos que esto no es basta. Brandom sostiene que un elemento adicional es la evaluación deóntica presente en las prácticas sociales (Brandom, 1998, p. 297). Esta evaluación hace que Brandom ponga en el mismo nivel el *looks* a lo que *es* (Brandom, 1998, p. 296). El razonamiento de Brandom tiene partes que muestran la función de *looks*, tanto de forma teórica, como práctica.

Desde el punto de vista teórico, es necesario tener presente que el enunciado que se emite es “*x looks like F*”, en comparación con “*X is F*” (Brandom, 1997, p. 126). Se esperaría que hubiese una diferencia entre las dos formas de enunciado, en el caso del segundo el hablante tiene una seguridad acerca de las cosas como son en realidad, mientras que en el primer caso, quien emite el primer enunciado no comunica la misma seguridad. Sin embargo, para Brandom esto no es así puesto que los dos tendrían, en principio, el mismo compromiso en el juego del *scorekeeping*. ¿Por qué se compromete el hablante del mismo modo con cualquiera de las dos formulaciones? El uso conceptual construye las conexiones epistémicas de la siguiente manera: para saber que *x parece* verde es requisito saber con anterioridad en qué consiste que algo *sea* verde. Es decir, para determinar la apariencia de algo se debe saber cómo son las cosas realmente. Este punto se aceptaría. Empero, Brandom no acepta que este pueda ser un uso para *looks* en la medida que acá se instituiría de nuevo el Mito de lo dado, puesto que se le daría preeminencia a las experiencias perceptuales. Pero para él el operador que representa a *looks* tiene la misma fuerza en la práctica

deóntica que se da dentro de una comunidad en tanto que todo puede parecer algo hasta que la cosa es juzgada por la práctica social como correcta o incorrecta (Brandom, 1998, p. 297).

En la práctica, Brandom reconoce que existe un uso para este operador. Decir que un objeto *se parece* a F tiene una relación con la forma como uno está dispuesto a adherirse al enunciado que se está emitiendo. Esto en los casos en que, por ejemplo, no hay seguridad en la confiabilidad de las percepciones sensoriales que se tienen en aquel momento. Haciendo uso del operador Brandom pretende que quien emite el enunciado no esté firmemente adherido al mismo como cuando no se tiene seguridad de estar ante un determinado color. Esta forma de concebir el uso del operador lógico hace manifiesto un componente en la noción que tiene Brandom sobre el lenguaje: al aseverar que algo es de una determinada manera, se está llevando al hablante a que afirme una certeza que es inmutable, es decir, el problema con lo que afirma el hablante es que aquello de lo que está hablando *es* y *será* de esta forma determinada.

Brandom ve entonces en la experiencia la presencia de un empirismo que quiere desterrar por mor de un racionalismo cargado de inferencias. Así las cosas, Brandom rechaza la experiencia. En la medida que la experiencia tiene una autoridad inmediata aparentemente queda excluida de su modelo de comunicación. Además, la corrección mediante la experiencia, que es lo que propone McDowell, no llama la atención de Brandom en tanto que esta se muestra incapaz de señalar la respuesta correcta en todos los casos. La experiencia tendría una única función: asegurar la verdad y conectarnos con los hechos del mundo, pero al no poder cumplir esta función a cabalidad, es reemplazada por la mera confiabilidad de un entrenamiento para responder a los estímulos o por la suposición de que nuestro uso de conceptos es normal.

El modelo de Brandom tiene como uno de sus elementos centrales ser normativo, esto es, estar en la capacidad de juzgar a partir de él si las proposiciones emitidas son correctas o incorrectas. Es un modelo muy higiénico². Con esto quiero decir que se nota la intención de que haya una armonía entre lo que se dice y las cosas sobre las que se está hablando. Es fácil ver entonces que la experiencia es expulsada del modelo por dos razones: por su confusión con el empirismo, y al

² Adopto este término que considero acertado, y que fue utilizado por Steven Levine en su texto “Rehabilitating Objectivity.” (Levine, 2010, p. 584)

mismo tiempo por su imposibilidad de determinar lo que es correcto o incorrecto, como se ve en el ejemplo de los mesones mu, y de los que discriminan el sexo de los pollos.

¿Es este un modelo que permita reflejar la comunicación humana?, ¿estamos dispuestos a renunciar a la experiencia como parte de la comunicación?, y más aún, ¿es esta la única forma de concebir la experiencia, con su única función de corrección?, y si la respuesta es que no es la única, ¿entonces, qué función cumple?

6. Austin y lo que no vemos del lenguaje

Al inicio del presente texto se llamaba la atención sobre el uso cotidiano del lenguaje, y se indicó que este uso tan nuestro, tan humano, favorecía que en ocasiones perdiéramos de vista el lenguaje como herramienta, que lo diéramos por supuesto. Ver el lenguaje de aquella forma comporta un doble riesgo: por un lado, corremos el riesgo de no poder usarlo de forma apropiada, y que, por lo mismo, la comunicación se torne compleja; pero por otra parte, si se hace un análisis exhaustivo damos con unos elementos tan pequeños y abstractos que se termina desnaturalizando el lenguaje. Así que una de las mejores formas de analizar el lenguaje es tener en cuenta su funcionalidad. El estudio analítico del lenguaje debe llegar a descomponerlo en partes suficientemente completas como para que con ellas se entienda el uso que hacemos del lenguaje todos los días los hablantes de un lenguaje natural. Hasta el momento hemos visto que el modelo de Brandom no es tan lúcido para ejemplificar el uso del lenguaje. En este escenario, Austin y su propuesta del lenguaje ordinario ofrece la clarificación de ciertos elementos que son característicos del lenguaje, de los cuales no podemos prescindir, so pena de tener en nuestras manos un reducto de lenguaje que no se asemeja a la forma como usamos el lenguaje. En otras palabras, nos ofrece una perspectiva del lenguaje que, sin incurrir en los excesos del empirismo, permita darle un lugar a la experiencia en la comunicación humana.

Austin ha sido el abanderado del lenguaje ordinario. De las varias metodologías filosóficas que propone para entender al lenguaje ordinario adoptaremos para la presente discusión lo que Austin dio por llamar en su texto *A Plea for Excuses* (Austin, 1970, p. 130), “fenomenología lingüística”. Dicha metodología tiene como propósito central analizar los movimientos que hacen

los usuarios del lenguaje enfatizando los usos cotidianos más apropiados para la comunicación. Austin pretende afirmar el camino de una herramienta para la comunicación humana que en ocasiones se ve puesta en peligro por la actividad filosófica en la medida en que los filósofos comienzan a inventar términos o a tergiversar los usos y significados que poseen términos existentes para crear confusión, y complicar la comunicación. En otros momentos la distorsión es más profunda: los filósofos tienden a una simplificación del lenguaje dejando escapar en diversas ocasiones los pequeños detalles que tiene la experiencia del mundo (Austin, 1962, p. 3) y generando una especie de miopía que los inhibe de tener en cuenta elementos para comprender el fenómeno lingüístico en su totalidad. Tal es el caso del empirismo y su contendiente, el racionalismo. Ambas tendencias filosóficas han intentado dar cuenta del conocimiento humano, y cómo podemos expresarlo. Pero lo hacen desde esquinas diferentes: de un lado, el empirismo pone las percepciones sensoriales como piedra angular; del otro lado, el racionalista toma como punto de partida la mente o la razón para explicar la relación con los elementos objeto de conocimiento. Ya desde el comienzo se plantea una especie de competencia por quién puede proporcionar una mejor explicación sin apelar a las herramientas del otro —valga reconocer que en ocasiones hay puntos donde se superponen unos con otros—. Como resultado, el empirismo constata que puede hablar de conocimiento en la medida que las percepciones sensoriales captan y dan un conocimiento inmediato que se repite, y es por esto que pueden tener conocimiento del mundo. Por su parte, el racionalismo presupone la existencia de ciertos conceptos que le permiten acceder a lo que es el mundo, el cual se acomoda a lo que los conceptos, propiamente normativos, dictan que debe ser el mundo. Ahora bien, teniendo en cuenta la forma de acceso al conocimiento de estas dos corrientes, apreciamos que se quedan cortas a la hora de estudiar el fenómeno de la comunicación humana, pues si por un lado los empiristas solo se centran en la costumbre para el conocimiento de las experiencias y los racionalistas esperan que exista una armonía entre el lenguaje y el mundo cabría preguntarse: ¿cómo pueden dar cuenta o caracterizar experiencias realmente nuevas? Por esta razón, para el análisis del fenómeno lingüístico Austin formula tres recomendaciones.

La primera es considerar el lenguaje como la herramienta que es, y como tal, debemos usar herramientas limpias, haciendo uso de las que conocemos, y limitándonos a no hacerlo en el caso que las desconozcamos (Austin, 1970, p. 129). Esto supone un esfuerzo para todo aquel que

desea analizar el lenguaje y es por ello que una de las tareas principales del filósofo es clarificar el lenguaje que utilizamos a diario. Consecuentemente, lo que debe hacer el filósofo al momento de descomponer analíticamente el lenguaje es tomar como punto de partida su uso cotidiano. El lenguaje ordinario es, pues, de donde se extrae el significado de las palabras y debe estar presente en cualquier discusión filosófica.

El segundo elemento nos permite reconocer que las palabras no son cosas o hechos, y que por lo mismo debemos apreciarlas fuera del mundo. De esta forma podremos darnos cuenta de las *arbitrariedades e inadecuaciones* que tiene este para poder reconsiderar el mundo sin anteojeras (Austin, 1970, p. 130). Aunque en gran parte de los casos nos topamos con que el lenguaje se adecua con el mundo, encontramos también ocasiones en la que esto no es así: situaciones en que el lenguaje sufre un desfase con el mundo. No obstante, esto no impide a las personas estar al tanto del desfase y poder casi siempre corregirlo. En consonancia con lo anterior, Austin sostiene que el lenguaje almacena todas las distinciones que los hombres han considerado valiosas, así como las conexiones que tienen por valiosas entre las diferentes palabras (Austin, 1970, p. 130). Desde este punto de vista, Austin muestra al lenguaje como la herramienta humana que es, siendo de utilidad en la medida que permite diseñar nuevas palabras para comunicarse con los demás, para entenderse entre ellos y lo que los une. Lo anterior se hace aún más evidente en la relación con los objetos externos, el cual queda de manifiesto en su texto *Sense and Sensibilia*, en el cual el inglés explora la relación existente entre la experiencia y el lenguaje. Al ser esta una exploración de fenomenología lingüística, Austin hace una pesquisa cuidadosa de las formas como se entrecruzan el lenguaje y la experiencia, mostrándonos contrastes que no se pueden apreciar en el modelo de Brandom, como es el caso de experiencias nuevas, en las que el lenguaje no tiene la precisión que se requiere. Atendiendo a esta posibilidad, a continuación, se analizará el texto de Austin haciendo hincapié en los elementos que permiten que el lenguaje se desarrolle, es decir, que pueda seguir ampliándose.

7. *Sense and Sensibilia*. Austin develando el lenguaje ordinario

Uno de los puntos que ha estado presente en el texto como una pregunta inquietante es la relación entre el lenguaje y los elementos que emergen gracias a la experiencia perceptual de los

sentidos. ¿Qué nos puede decir Austin al respecto? Austin comienza ilustrando la disposición del hombre normal, usuario y conocedor del lenguaje ordinario, cuando le preguntan si la silla que está viendo es realmente una silla, y él afirma que sí, en la medida que la está apreciando y que, de no ser una silla real, entonces, no sabría qué es (Austin, 1962, p. 10). Desde el comienzo, Austin se encarga de aseverar que es propio del lenguaje ordinario incorporar la experiencia perceptual para producir enunciados acerca del mundo, como que la silla que está viendo realmente existe. Austin también encuentra que en ocasiones se presentan casos en los que no se puede estar seguro de lo que se está percibiendo. En dichos casos es necesario que se ejerza un lenguaje un poco más suelto, un lenguaje que incluye usos en inglés como “*looks*” o “*seems*”, — que en español encontramos sus correlatos en “se ve como” o “parece”—, los cuales son denominados palabras de ajuste, y tienen la función de permitir una conexión entre el lenguaje y la experiencia (Austin, 1962, p. 73). Esta libertad no produce que la oración puesta frente a un interlocutor no se deba entender como un juicio al estado mental, por el contrario, pretende que se evalúe de forma objetiva el enunciado sobre el que se está hablando. De este modo, cuando digo:

“El gato me parece un tigrillo”,

no solo estoy esperando que sea juzgado mi estado mental sobre el asunto, sino que pongo de presente el objeto sobre el que estoy hablando, y basado en este se probará si estoy en lo correcto o no (Austin, 1962, p. 43). Así, uno de los elementos constitutivos del lenguaje es su constante referencia a las cosas externas concebidas como objeto de la experiencia. Fijada esta relación en que el lenguaje puede hacer referencia a las cosas externas se da una base epistémica bajo la cual llevar a cabo los juicios sobre los enunciados.

Austin propone estas palabras de ajuste como una forma natural del lenguaje para hacer frente a las exigencias que le presenta la vida cotidiana. Resulta interesante ver que Brandom incorpora también una salida similar con el análisis de *looks* ya descrito. La comparación de ambas posiciones nos permitirá mostrar los diferentes caminos que toman los autores para configurar el lenguaje y su conexión con la experiencia.

Hay escenarios en los cuales sus análisis del término “*parece*” o “*se ve como*” acercan a Brandom y a Austin, en tanto que ambos sugieren que estas expresiones emergen cuando existe

una anomalía. No obstante, el paralelo termina ahí porque las fuentes de esta anomalía son diferentes en ambos autores. En el caso de Austin la anomalía se da en el lenguaje mismo que se propone aprehender la experiencia. En el caso de Brandom, esta anomalía no proviene del lenguaje, por el contrario, surge de la percepción que tienen los seres humanos de los objetos del conocimiento, como vimos en (5). Cuando surge la anomalía, el *scorekeeper* de Brandom culpará a la experiencia y su rezago de empirismo y le dará prioridad al concepto. El modelo de Brandom no considera, como tuvo a bien sostener Austin, que las experiencias pueden hacer que las situaciones sean reconsideradas en el futuro, donde emergen características que hacen poner en duda lo que *es* y que permiten hacer una mejor diferenciación entre lo que *es* x y lo que *parece* x (Austin, 1970, p.89).

Así considerada la propuesta de Brandom, es posible observar una cierta similitud con las palabras de ajuste en Austin que se presentan ante una anomalía. Pero se diferencian en el lenguaje que resulta de adoptar el uso de Austin o el de Brandom. Es importante señalar que Austin no reñiría con el uso que le da Brandom a *looks*, pero también reconocería que esta palabra de ajuste no tiene solo el sentido indicado. En el caso de Brandom, *looks* tiene un uso negativo en la medida que su uso se reduce al caso en que el hablante no esté seguro de la confiabilidad de sus disposiciones sensoriales, lo cual quiere decir que el lenguaje ya está delimitado y que el error radica en la percepción. Siguiendo este pensamiento, vemos que el operador en el caso de Brandom elimina la posibilidad de que el problema sea de la relación entre el lenguaje y el objeto que se percibe, sino que es un problema de la percepción. Entonces, el lenguaje se mantiene como una unidad completa a la cual el *scorekeeper* puede acceder en caso de que lo necesite, sin pensar que el problema esté en el lenguaje. Por su parte, la propuesta de Austin es propositiva, y permite ver que el lenguaje está siempre en construcción, y que las palabras de ajuste permiten mostrar por dónde se debe ir construyendo el lenguaje. Ahora bien, ¿quiere decir que Austin es un creyente de que la experiencia puede ser determinante en los juicios y proposiciones que emitimos, en otras palabras, apoya lo que Brandom critica?

En sintonía con Brandom, Austin sostiene que dentro del lenguaje ordinario se encuentran incluidas las inferencias. Lo que Brandom llama inferencias, en sentido material, Austin lo llama familiaridad (Austin, 1962, p. 26) en un sentido del término que no coincide con el empirismo

como se ha descrito en esta disputa. Brandom tiende a hacer uso de las inferencias para enlazar los diferentes conceptos. Tomemos como ejemplo

“El saco es rojo”.

A partir de allí, por inferencias lógicas, se afirma entonces

“El saco tiene color.”

Ahora bien, en ocasiones sugiere que la comprensión se da cuando alguien responde a un cierto entrenamiento dado por las prácticas sociales como cuando a partir del enunciado

“Pittsburg está al occidente de Filadelfia”

se deduce el enunciado

“Filadelfia está al oriente de Pittsburg” (Brandom, 2001, p 85).

De forma similar, Austin asume la familiaridad como un contacto cotidiano con las experiencias. Supongamos que estamos en cine y que hemos recibido un entrenamiento social adecuado para asistir a este espectáculo. Por la familiaridad con la experiencia de asistir a cine sabemos que hay personas en la pantalla que se están moviendo, pero que no están materialmente en ese mismo lugar y momento cuando vemos lo que sucede dentro de la pantalla (Austin, 1962, p. 26). Es necesario reconocer que la familiaridad de Austin es más directa que la inferencia material en Brandom porque se basa en los objetos de la experiencia. Sin embargo, guardan una similitud en cuanto al entrenamiento que se requiere para darle sentido a las dos y en su función de conectar conceptos. Supongamos por ejemplo que alguien está viendo las nubes y una de estas parece un caballo. Entonces cuando una persona emite el enunciado:

“Esta parece un caballo”,

mediante inferencias se entiende que lo que quiere decir es que la nube tiene la *forma*, un tanto imperfecta, de un caballo. No quiere decir que la nube sea un caballo, pues sería ilógico. Y esto se puede lograr haciendo conexiones de los diferentes conceptos que se requerirían para afirmar que es de hecho un caballo. Sin embargo, Austin no concede que las inferencias puedan ser utilizadas sin relación con las experiencias. De ser así sucedería un fenómeno extraño en la comunicación en el que cuando dos individuos estén hablando uno pueda decir una cosa y el otro contradecirlo, y como solo están apoyados en enunciados, entonces la discusión solo se quedaría en palabras. (Austin, 1962, p. 60).

El ejemplo sobre las nubes muestra lo que Austin busca con su fenomenología lingüística como estudio del desenvolvimiento y la lógica natural del lenguaje del que hacen uso los hablantes. Mediante este análisis Austin se percató de varias características que tiene el lenguaje en la comunicación humana y que se detallarán más adelante. Entretanto, resulta importante advertir que Austin está en capacidad de mostrar que el lenguaje se alimenta de la experiencia. Esto debe entenderse no como una forma de darle primacía a la experiencia, sino que la experiencia participa de la construcción del lenguaje para que este tenga sentido en la comunicación humana. La relación lenguaje-experiencia es bidireccional, en la medida que el lenguaje permite que las experiencias sean enriquecidas. Lo dicho se hace palmario cuando tomamos como referencia lenguajes que han sido refinados para la comprensión de un fenómeno que, en principio, no vemos. El lenguaje utilizado en la química puede servirnos de ejemplo. Por lo general cuando observamos el agua encontramos una sustancia líquida que tiene una transparencia y una consistencia particular. Si la comparamos con el alcohol, en principio, no habría mucha diferencia puesto que nos encontramos con una sustancia similar en sus características, esto es, una transparencia y una fluidez parecidas. Ahora bien, si incluimos en nuestro recuento el lenguaje de matices que se han ido elaborando en la historia de la química, encontramos que el agua es una sustancia denominada H_2O , mientras que el alcohol tiene una denominación distinta CH_3-CH_2-OH , las cuales exhiben que cada compuesto tiene unos componentes específicos que les permiten, o no, relacionarse con otras sustancias. Así las cosas, vemos cómo en principio un lenguaje se queda corto para mostrar las sutilezas de la experiencia: la transparencia y la consistencia del agua y el alcohol, pero luego un lenguaje más detallado nos permite ver cosas que antes no veíamos: los diferentes elementos que componen a una y a otra que marcan la diferencia.

Dentro del modelo *scorekeeping* de Brandom el lenguaje resulta sencillo de concebir, en la medida que el juez del marcador tiene todo claro, sabe lo que debe juzgar, los movimientos que están permitidos y cuáles no, todo esto ha sido determinado por la comunidad en la que el *scorekeeper* está inmerso. Las reglas están establecidas previamente, de manera que se presume la armonía del juego y no hay fricción entre el lenguaje y los movimientos: por cada movimiento hay una palabra, o mejor, un concepto. El lenguaje en Austin reviste mayor complejidad, no existe la señalada armonía del modelo de Brandom, y este lenguaje tiene como características la

vaguedad, el problema de la evidencia, y finalmente muestra interrelación entre el lenguaje y la experiencia.

Existen casos en los que es fácil emitir juicios. Cualquier teoría de la comunicación humana debería permitirnos entender cuándo resulta correcto afirmar que se ve una silla y las propuestas de Austin y Brandom permiten hacerlo. La intervención de la experiencia es indudable y confiable en casos fáciles como este, lo que quiere decir que son situaciones que no provocarán mayor inquietud en un hablante normal. No obstante, como se ha encargado de mostrar Brandom existen casos difíciles, como en el caso de la determinación del sexo de los pollos, en los que la experiencia no puede decir nada. Austin por su parte, responde que incluso en los casos en los que tratemos de esta manera la situación, no quiere decir que las cosas sean indistinguibles (Austin, 1962, p. 51). En este punto, Austin muestra la naturaleza del lenguaje humano y la forma en que opera.

El lenguaje para Austin es polifacético y se puede presentar de diversas maneras, puede tener unos ideales de precisión, en los cuales encuadre perfectamente con la experiencia. Pero también el lenguaje puede tener la característica de abrir el espectro de enunciación en la medida que no puede asir las experiencias. En estos casos el lenguaje puede ser vago. La vaguedad del lenguaje se contrapone al lenguaje preciso, es decir, a que, como supone Brandom, para cada elemento lingüístico exista una relación conceptual. Desde este escenario nos podemos preguntar con Austin, ¿el lenguaje funciona siempre como Brandom supone? La respuesta tendría dos alternativas, como se ha mostrado, la de la precisión y la de la vaguedad. La primera de estas encarga una pesada tarea al lenguaje que es ser omnisciente y muy amplio para cumplir con el requisito de poder jugar un papel sin rozamiento entre lo lingüístico y lo conceptual. Empero, desde un comienzo Austin nos ha advertido que no nos dejemos obnubilar por las bondades del lenguaje, que si bien puede ser preciso, y una herramienta útil, no deja de ser una herramienta que se encuentra separada de su labor de conexión entre las percepciones y las cosas que se perciben. Bajo esta nueva posibilidad de concebir el lenguaje nos podemos percatar que el lenguaje no solo debe ser evaluado desde un punto de vista restringido que busca la precisión. Este también puede ser considerado desde una posible vaguedad, como una especie de red que cobija la experiencia pero que por sus huecos escapa la especificidad. De esta manera, Austin

nos advierte sobre la existencia de palabras que cumplen una función de ajuste (*adjuster-word*) respecto al lenguaje:

“[W]ords, *that is, by the use of which other words are adjusted to meet the innumerable and unforeseeable demands of the world upon the language*” (Austin, 1962, p. 73).

¿Cómo reaccionar ante la visión de un caballo con un cuerno en la mitad? Si es o no un caballo, ¿ampliaremos la clasificación de lo que es un caballo, introduciremos una nueva categoría, o diremos que quien enuncia esto cae inevitablemente en un error? Independientemente de la respuesta que se adopte, podemos darnos cuenta de que el lenguaje aún sin la precisión, y gracias a su vaguedad, permite que comuniquemos cosas que experimentamos pero que en caso contrario no sería posible enunciar.

8. Los modelos filosóficos, la vida normal y un nuevo panorama para la experiencia

El lenguaje tal como lo concibe Austin no siempre posee la función de precisión que desea y requiere el *scorekeeping* de Brandom. Con el ánimo de ver de qué manera se ve afectado el papel que juega la experiencia en la evaluación del lenguaje en las construcciones de los dos pensadores será apropiado considerar con detenimiento los fallos que pueda presentar el modelo creado por Brandom desde la perspectiva de Austin.

Según Austin la filosofía debe tender al entendimiento de los fenómenos que suceden en el lenguaje mediante la fenomenología lingüística. Así las cosas, es apropiado preguntarse si los grandes sistemas o modelos están en capacidad de lanzar la red y con esta cobijar los fenómenos que se les presentan a las personas. En este caso la pregunta está dirigida al modelo de comunicación propuesto por Brandom para ver si este modelo tiene la posibilidad de explicar cómo se desarrolla la comunicación de los seres humanos. Es apropiado entonces recurrir a otro de los textos Austin, *Other Minds* en el cual él desarrolla la relación entre lenguaje y lo que percibimos (Austin, 1970, p. 88) y nos propone una valoración de cualquier modelo que pretenda aplicarse al lenguaje ordinario en condiciones de incertidumbre.

En *Other Minds* Austin se pregunta por el conocimiento que expresamos mediante el lenguaje, y lo que deberíamos esperar de este como herramienta para comunicar conocimiento. En ocasiones

los modelos tienden a explicar un determinado fenómeno sin prestar atención a las alteraciones que se puedan presentar con posterioridad a la construcción de este, puesto que aspiran a que el lenguaje sea predictivo (Austin, 1970, p. 88). Los modelos con lenguajes predictivos asumen que este es como un juego y requiere seguir unas reglas: deben estar bien delimitadas con anterioridad para que aquellos que estén jugando puedan guiarse fácilmente, y entre más estables e inalterables las reglas, más fácil será poder entrar a jugar el juego. Por tal razón, el lenguaje queda petrificado en estos modelos buscando ser predictivo, lo que se dice en el presente, y es verdad, se espera que sea igualmente verdadero en el futuro. Si digo:

“Esto es un planeta”,

un modelo tradicional se centrará en la observancia de las condiciones en las que lo que transmito mediante el enunciado sea verdad, que se entienda, y qué elementos debo poner en juego para que mi interlocutor me entienda. De esta manera, el modelo presenta elementos positivos para entender nuestro lenguaje. No obstante, al intentar darle sentido a lo que en principio no se comprendía bien, un modelo así puede dejar elementos por fuera del fenómeno de la comunicación. Ante esta forma de ver el lenguaje, Austin nos advierte que el lenguaje predictivo puede ser puesto en duda por experiencias futuras: elementos, o grupos de elementos que vemos que trazan una sutil diferencia entre lo que antes considerábamos como *C*, ahora nos piden que miremos atentamente que esto que antes era *C* y que ahora nos parece *C* amplía lo que considerábamos era *C* o por el contrario encontraremos una división más entre lo que es *C* y no es *C* (Austin, 1970, p. 89). Esto se hace más claro a la luz de la proposición expresada por Brandom en (5)

Al decir

“esto es rojo”

a primera vista parece que ante esto no hay nada más que decir que una mancha en mi presencia es roja. El lenguaje capturó ese objeto como rojo. Sin embargo, si tomamos en cuenta las palabras de Austin puede ser que esto se ponga en duda. Tiempo después el observador se vuelve a encontrar con el color rojo, esta vez junto a un color similar (que para efectos del ejemplo denominaremos “carmesí”). En este momento, se pone en duda el color rojo —en palabras de Austin el objeto *C*—. ¿Será el mismo color, se pregunta el observador? Y ahora, halla elementos para diferenciar el color *rojo* que en principio parecía tan claro y a al mismo tiempo tan poco clasificable. Quedan dos caminos: o bien reafirmarse en la categoría o plantear diferencias. En

este caso, si el otro color es “carmesí”, puede decir que el que vio previamente era “rojo” puesto que la otra opción era más oscura (un no C). De esto modo, se aprecia que el lenguaje está siempre atento a lo que pueda pasar en el futuro. Entonces, cabe preguntarse si un modelo como el de Brandom tiene limitaciones al abarcar estas alteraciones futuras.

Los modelos comienzan pues con el propósito de liberar a las personas del error o de la confusión. Bajo este tenor es que Brandom ha construido su propio modelo que pretende emular la comunicación humana más básica. Brandom lo hace mostrándonos los errores que se han cometido en la filosofía de siglos anteriores y que han afectado a la epistemología, ¿a qué error se refiere y ataca ferozmente Brandom? El Mito de lo dado. El fundacionalismo de los empiristas pretendía que los enunciados que emitimos tengan un contenido que se fundamente de manera independiente y como justificación última en los objetos que percibimos. Bajo el modelo del *scorekeeping*, la concepción cambia en la medida que muestra que los enunciados no tienen relación con las sensaciones perceptuales. Para reconocer, por ejemplo, un color particular debemos manejar previamente una gran diversidad de conceptos, debemos saber qué es un color y los diferentes colores que existen para poder excluir los demás elementos. Esta gran clarificación que nos permite liberarnos de los errores del fundacionalismo empirista se queda corta a la hora de explicar la experiencia y su relación con el lenguaje. Sin embargo, Brandom se queda corto en su modelo por ciertos elementos que se hacen patentes a la luz del análisis de Austin.

Lo primero que hay que reconocer del modelo de Brandom es que este cae en el fetiche que ya Austin señalaba de las dicotomías que tenían al orden y a la precisión (Narboux, 2011, p. 205). Como se pretendió ilustrar en los primeros pasajes del texto, Brandom propone que la comunicación sea como un juego, el juego del *scorekeeping*. El jugador haciendo las veces de juez posee los conceptos claros para dictaminar si lo que dice quien le habla es correcto o incorrecto. El *scorekeeper* halla todos los elementos ordenados en forma de conceptos puesto que se basa en la sociedad para afirmar la corrección. En consonancia con el criterio social, se dividen en dos las respuestas que proporciona el *scorekeeper*: o es correcto o es incorrecto. O hay armonía con lo que la sociedad dice, y entra en el modelo, o no hay armonía y sale del modelo. Vemos que Brandom también es víctima de las dicotomías que invaden la filosofía.

Como consecuencia de esto, el modelo de Brandom tiene por necesidad que plantear una armonía. Esta armonía tiene dos posibilidades que Brandom requiere reducir a una sola. La primera opción que se tiene es que el lenguaje responda a lo que está en el mundo exterior; la segunda opción es que el lenguaje responda a lo que la comunidad haya considerado como correcto o incorrecto.

En principio, se puede pensar que lo más sencillo es tomar como punto de referencia para afirmar la corrección de los enunciados la experiencia perceptual. Pero Brandom se propone crear un modelo lingüístico básico con el que se pueda realizar la comunicación y dentro de la concepción que tiene reconoce que la experiencia no tiene un lugar necesario en la construcción del lenguaje, que la función que esta cumple —mostrar una armonía con respecto al lenguaje— puede ser suplida por otros elementos, como las prácticas sociales con su uso implícito de conceptos previamente regimentados. La comunicación se puede llevar a cabo con éxito teniendo como elemento de validez lo que los demás argumentan que es lo correcto. Brandom se pregunta si el lenguaje es capaz de capturar lo que sucede en la experiencia completamente, en otras palabras, pone en cuestión si el lenguaje puede tener una armonía con el mundo, si lo que veo y enunciado es lo mismo. Entonces muestra con ejemplos (como sucede en el caso de *Barn Façade County*) que no, que el lenguaje no llega allá, que la experiencia perceptual se equivoca y que el lenguaje no puede ofrecer respuestas por esta razón.

Entonces el lector de Brandom se percató de dos elementos que podrían pasar desapercibidos: la existencia de respuestas dicotómicas, o es correcto o es incorrecto; y el requerimiento de que estas respuestas tengan una armonía, que el lenguaje y la experiencia no admitan ningún tipo de ruptura o reajuste. Como a ojos de Brandom esto no sucede, entonces nos dirige a la otra alternativa, a saber, la de la corrección que se propone en una sociedad. Como el *scorekeeper* tiene unos elementos de juicio más manejables, se ha llegado a la armonía en el modelo por vía de la simplificación del lenguaje y la experiencia: ahora sí, lo correcto es correcto no porque la experiencia lo dicte, sino porque los otros así lo determinan. Ya no hay fricción ni disonancia en las respuestas. Con un modelo construido de esta manera, se puede alcanzar las pretensiones del modelo lingüístico propuesto por Brandom.

Configurado de este modo, el lenguaje lleva a respuestas precisas y todo lenguaje que no cumpla con esta función debe ser descartado, entre estos un lenguaje que se relacione con la experiencia de una manera que admita experiencias inéditas para las que debemos todavía encontrar las palabras. Así pues, la experiencia queda por fuera del modelo que Brandom ha construido. La experiencia ha sido dislocada del lenguaje. Es como si fuesen dos niveles irreconciliables, donde la experiencia no puede intervenir so pena de contaminar las respuestas que se buscan en el lenguaje. Pero como haciéndolo de esta manera nos salva de algunos errores, tanto mejor para nosotros, diría Brandom. Simultáneamente nos deja con pocas herramientas a la hora de explicar los diferentes acontecimientos que se desarrollan en las situaciones comunicacionales y esta parece una consecuencia muy costosa de asumir. Esto es lo que el lenguaje a la Austin permite.

Austin considera que la construcción de modelos filosóficos muy simplificados ronda el riesgo de terminar tergiversando las cosas y haciendo oscuro aquello que en principio quería hacer claro, pues se dejan por fuera elementos clave para explicar el juego de la comunicación humana. A la simplificación Austin contrapone una visión del lenguaje —que podría llamarse un modelo— que tiene como intención principal conocer los alcances del lenguaje humano, en la que el lenguaje se extiende con la experiencia pero, paralelamente, la experiencia se extiende con el lenguaje. Haciendo esto Austin devela varias cosas.

El “modelo” alternativo comienza siendo negativo en el sentido que pone en duda y rechaza lo que ha sido propuesto por los modelos que revisa, y que terminan esclavizando a las personas que lo usan; para luego pasar a una forma mucho más propositiva donde el lenguaje se construye *con* la experiencia. Así que el primer elemento que se pone en tela de juicio es lo estricto que puede llegar a ser el lenguaje. En la visión que critica Austin, y que es la que Brandom adopta, el lenguaje presenta una armonía en que las palabras son entendidas como encajando perfecta y armónicamente con la experiencia, pero Austin la rechaza como única alternativa posible. Por el contrario, Austin reconoce que la relación, o mejor, el enlace de la experiencia con el mundo puede ser también indirecta, o falta de armonía. Esto quiere decir que el lenguaje está presente incluso en los casos en que la armonía preestablecida que se espera de la relación no se manifieste. Así pues, la primera característica que ofrece el lenguaje en Austin es su carácter de relación libre con la experiencia perceptual, esto es, en ocasiones puede ser que sea directa o

indirecta. Lo anterior no quiere decir que el lenguaje una vez puesto de cara a la experiencia no cambie, pues como nos recuerda Austin, cuando el lenguaje tiene la posibilidad de ser directo, entonces nos encontramos con la posibilidad de sea el lenguaje el que nos permita tener unas percepciones afiladas; en el caso en el que el lenguaje sea indirecto, o no presenta las armonías que se esperan de este, las percepciones ayudan a que el lenguaje sea más ajustado (Austin, 1970, p. 182).

Teniendo en cuenta este elemento sobre lo cambiante del lenguaje, se pone de presente un segundo elemento: el cambio responde al contacto con las experiencias perceptuales, y es a través de este que el lenguaje va evolucionando y se van dando los cambios. Una buena manera de entender esto es la estructura del lenguaje que se le presenta en ocasiones a un hablante. En dichos momentos el hablante está seguro de lo que sabe, y podría reconocer que

“X es p”.

No obstante, la experiencia, siempre cambiante, le muestra a la persona que puede ser que la característica p de X no es tan estable como pensaba. En ese momento, la persona podrá entrar a verificar si los pequeños detalles harán que el lenguaje cambie en favor de la experiencia, o que estas pequeñeces no sean lo suficientemente fuertes para que cambie.

Ahora bien, Austin también reconoce que existen ocasiones en que el lenguaje presenta una relación directa con el mundo, aunque siga siendo cambiante e incluso pierda el enlace que tenía con este último. Tomemos como ejemplo el particular caso de los teléfonos. En un comienzo, no muy remoto y del cual todos tenemos noción, el teléfono se concibió como un instrumento que permitía una comunicación de voz con otra persona espacialmente lejos. Ahora, en el mundo contemporáneo el teléfono es mucho más que eso, podemos pedir que se nos tome una foto con este, podemos escribir, podemos hacer vídeos, podemos leer el diario, y muchas cosas más. Eso es el teléfono. Advertimos que, si solo se evalúa el lenguaje, sin considerar la experiencia, entonces, el juicio que se hizo sobre el teléfono en un primer momento sería el único posible y no se podría actualizar. Por el contrario, Austin reconoce el carácter de actualización del lenguaje para adaptarse a las exigencias que pide la experiencia.

Como se ha visto en los dos puntos anteriores de la propuesta de Austin, se desprende un tercer elemento y es la relación que se establece entre el lenguaje y la experiencia. Ya conocemos dos posturas filosóficas que sostienen que, por un lado, o bien se debe poner la experiencia como un fundamento inalterable, como es el caso de los empiristas, o existe la posibilidad de, como sucede en el caso de Brandom, una primacía del lenguaje. La propuesta de Austin se desliga de ambas consideraciones en la medida que no dan cuenta apropiadamente de cómo funciona la comunicación humana. Para Austin, el carácter dinámico y maleable del lenguaje le permite observar que este responde a lo que le pide la experiencia. La estructura del lenguaje que muestra Austin es particular porque siempre tiene en cuenta que lo enunciado se hace en presente, y por esto mismo puede ser puesto a revisión en situaciones en las cuales la experiencia así se lo exija. A partir del modelo propuesto por Austin, se puede considerar el gran entrelazamiento que tienen lenguaje y experiencia, en el cual se determinan el uno al otro. Es decir, en primera medida tenemos un lenguaje rico que determina cómo percibimos el mundo, matices de colores, formas, distancias, entre otros. Pero al mismo tiempo el lenguaje nos permite ver que se puede quedar corto, y que es la experiencia que lo hace darse cuenta de que necesita hacer una pausa, ver lo nuevo, y de este modo, hacer que el lenguaje se extienda. Como se puede ver, no podría haber lenguaje sin experiencia. Una experiencia que es más humilde y al mismo tiempo más útil, pues no pretende ser el tribunal que se cree, sino una guía que muestra cuál debe ser el paso que seguir, hacia dónde debe ir el lenguaje cuando este encuentra su tope.

Teniendo en cuenta los elementos que nos proporciona Austin del lenguaje y su relación con la experiencia, devela el gran problema de Brandom. El presente texto comenzó con Brandom rechazando el concepto de experiencia a la hora de incluirlo en su propuesta del *scorekeeping*. Las razones dadas nos permitieron ver qué clase de experiencia se estaba teniendo en cuenta: una experiencia que se restringía a aprobar o no lo que los sentidos constataban y que debían hacerse palmarios mediante el lenguaje. Como esta era la única función que tenía la experiencia y al ver que no se cumplía satisfactoriamente, Brandom decidió eliminarla de su explicación de cuándo resultan correctos nuestros enunciados sobre el mundo externo. Sin embargo, Austin nos muestra, mediante ejemplos, que existe una relación entre la experiencia y el lenguaje que es ineludible, pero adicionalmente que esta experiencia es hartamente diferente a lo que supone Brandom que es. De este modo, Austin descubre que la lucha de Brandom presenta un enemigo que no

existe, puesto que la experiencia puede tener una relación de precisión con el lenguaje como función, pero también tiene una relación en la cual enriquece al lenguaje; combatiendo este muñeco de paja, Brandom elimina la conexión esencial entre lenguaje y experiencia.

9. La experiencia y el lenguaje en una situación de habla

Austin muestra un desenvolvimiento del lenguaje que mantiene una constante relación con la experiencia. Es un modelo que propone una visión donde el lenguaje puede tener diversas funciones: puede ser preciso, puede participar de la experiencia, puede ser maleable y por ende puede ser ambiguo en los momentos en los que no encaja del todo con la experiencia. ¿Cómo puede dar cuenta de estas experiencias que no encajan correctamente? Para responder esta pregunta será mejor hacerlo mediante un ejemplo.

En ocasiones las vivencias del hombre ordinario lo ubican en situaciones desconocidas para él. En su aprendizaje va descubriendo nuevos objetos de conocimiento que deberá apropiarse mediante el lenguaje. Así, cuando los europeos llegaron por primera vez al entonces desconocido territorio de las Indias, iban en una expedición que los llevaría a un lugar conocido por una ruta desconocida, y terminaron encontrando unas experiencias completamente nuevas. Las diferentes crónicas dan cuenta de la sorpresa a la que se exponían permanentemente estos hombres. Acostumbrados a sus ciudades de concreto, de parajes bucólicos similares entre sí —el florentino veía paisajes similares al parisino—, veían la gran variedad de plantas, animales. Y el lenguaje iba con ellos, único medio para transmitir aquello que estaban percibiendo.

Los expedicionarios debían hacer reconocimiento del territorio. Caminando entre esos bosques espesos que describiera Humboldt en sus diarios, hallaron un pequeño animal. Este animal era de un cuerpo relativamente pequeño, de un color marrón, con manchas blancas por el derredor, unos ojos pequeños que se ubicaban de forma paralela en los laterales de su cabeza, con unas fosas nasales achatadas y de color rosa, con unos largos bigotes, unas orejas que sobresalen por encima de su cabeza, y luego caen un poco. Los europeos vieron este pequeño animal con las características señaladas, e inmediatamente reconocieron dos cosas: en primer lugar, se percataron que era algo diferente de lo que conocían ya en Europa; en segundo lugar, sabían que

debían reportar aquella novedad, pero no tenían el lenguaje necesario para transmitir aquello. ¿Entonces, cómo lo dejaron plasmado en sus crónicas de viaje? En uno de sus diarios, Gonzalo Jiménez de Quesada reportaba lo siguiente: “Así mismo comen unos animales *a manera de conejos*” (Jiménez, 2013[1536], p. 26) (itálicas puestas). El lector contemporáneo se habrá percatado de que lo que los europeos vieron en sus primeras expediciones eran una especie de conejo, lo que también se conoció como *conejillo de indias*, y que con posterioridad sería clasificado como cuy. ¿Puede el modelo de Austin ayudarnos a entender el fenómeno lingüístico que les sucedió a los europeos al llegar a este paraje?

Cuando la experiencia no encaja claramente con el lenguaje, este tiene medios para hacer evidente que no hay una armonía preestablecida. En una situación como esta se podría llegar a pensar que el lenguaje no tiene la capacidad para construir un puente ante el vacío que se le presenta. Pero Austin muestra que una visión así es equivocada, puesto que existen palabras que nos permiten comunicarnos y que hacen ver que es necesario que el lenguaje pueda ir un poco más allá, que hay un elemento que le falta asir. La propuesta de Austin se ve traspuesta en lo que les sucedió a los que llegaron a las Indias (hago notar lo anterior puesto que esta facultad del lenguaje se hace visible teniendo la sensibilidad de la fenomenología lingüística para notar cómo responde el lenguaje ante estas situaciones). En el caso de Jiménez de Quesada, este usa lo que Austin llama una palabra de ajuste. Estas palabras nos libran de la carga que a veces tiene el lenguaje de tener que lanzar la red y responder a lo que erradamente se le pide sea su función, a saber, la de precisión. Haciendo uso de estas palabras, Jiménez reconoce que la experiencia le muestra un animal *a la manera* de un conejo. Lo que se debe interpretar es que el objeto observado es diferente a un conejo, pero que, no obstante, tiene la misma existencia que el conejo (Austin, 1962, p. 75). Una vez el lenguaje da cuenta de estos desfases que se presentan con relación a la experiencia, Austin se adelanta a sugerir una estructura que devela los pasos a seguir del lenguaje.

No se puede esperar que el lenguaje sea siempre definitivo, pues la experiencia puede poner a prueba su solvencia. Como consecuencia, Austin sugiere que tenemos una seguridad: en el caso concreto tenemos que

“x es un conejo”.

Bien, ahora la experiencia puede poner elementos en la mesa para poner en duda que lo que vemos o lo que los conquistadores vieron es realmente un conejo. En ese momento es recomendable parar y revisar nuestras creencias (Austin, 1970, p. 89). Para el español expedicionario sería decir:

“Bien, sé lo que es un conejo, ahora, ¿esto *es realmente* un conejo?”

Las respuestas pueden ir por caminos diferentes, siempre aguzando los sentidos para hacer que el lenguaje pueda determinar las diferencias. Entonces, puede suceder que descubra, que, tomando las posibilidades más viables, se puede llegar a decir que x es una pequeña variante de lo que es un conejo, o bien, se puede establecer que es una categoría completamente diferente a un conejo (Austin, 1970, p. 89). En el caso del conejo que se hallaba en las Indias, las características eran disímiles a las de un conejo, por lo cual el lenguaje tuvo que reconocer que se trataba de otra categoría, razón por la cual al final el lenguaje terminó extendiéndose para cobijar esta nueva experiencia construyendo una nueva categoría para referirse a este animal, que ahora denominamos cuy.

Esta situación de habla de los conquistadores españoles frente al conejillo de Indias muestra que el lenguaje en diversas, y muy importantes, ocasiones está lejos de cumplir con la armonía que se le exige en modelos como el de Brandom. No puede haber armonía en el sentido de Brandom en la medida que de ser así el encuadre entre lenguaje y experiencia vendría previamente establecido. El *scorekeeper* tiene un arsenal de palabras-conceptos limitado, de los cuales hace un inventario para juzgar lo que los otros dicen. Pero, entonces, cuando se presenta una situación de habla como la que presenta Austin, que sucede a menudo, ¿qué podría decir el modelo de Brandom? Este quedaría mudo, porque le falta armonía, porque el lenguaje no encuentra respuesta en el inventario preestablecido. En esta línea de pensamiento, Austin nos muestra un lenguaje que cumple diversas funciones, una de estas es, quizá, la más importante de todas: dar cuenta de nuevas experiencias que se presentan en el mundo. Se puede ver de lo anterior que, si renunciamos a la experiencia, no podremos dar cuenta de experiencias nuevas. Resta bajar el telón haciendo la pregunta, ¿es esta la misma experiencia que se planteó Brandom cuando decidió rechazarla?

10. Conclusión

El proyecto de Robert Brandom iniciado en *Making It Explicit*, y defendido y refinado con el tiempo en otros textos, se propone la construcción de un modelo de comunicación que aunque rudimentario en su origen, al finalizar debería reconocerse la comunicación humana que tenemos cotidianamente. Para llevar a cabo su cometido hizo uso de un modelo de comunicación llamado *scorekeeping*. En este los hablantes son jueces unos de otros, decidiendo los movimientos correctos o incorrectos. Dentro de este juego surgía la pregunta sobre qué elemento sería adecuado para apoyar el juicio que debía hacer el *scorekeeper* ante el enunciado que emite el hablante. Frente a esta pregunta Brandom ofrece dos posibles caminos: por una parte, afincarse en la corrección en las experiencias sensoriales, o, por otra parte, darle prioridad a las prácticas sociales en las que se encuentra inmerso el individuo, y que la sociedad le ayudará a decidir si lo dicho es correcto o incorrecto.

De estas dos posibilidades, Brandom se decanta por las prácticas sociales, pero su elección no es gratuita. Como se mostró en el presente texto, Brandom hereda el recelo de Sellars hacia el empirismo clásico y su manera de acceder al conocimiento por parte de estos, que los hacía caer en el Mito de lo dado. Brandom, interpretando a Sellars, subrayaba que el empirismo no era viable, pues confundía un espacio causal con uno normativo. Adicionalmente a esto, a través de unos ejemplos se hicieron manifiestos ciertos fallos que según Brandom presenta una visión del lenguaje desde el empirismo, donde se pretendía que el conocimiento fuese inmediato e independiente. Al mostrar que este camino resultaba insatisfactorio, Brandom sostuvo que era necesario un elemento aglutinador como las inferencias para llegar a un contenido conceptual, y que las experiencias perceptuales por sí solas no podrían llegar a determinar este tipo de contenidos, incluso peor, nos podrían llevar a error, como el que se vio en el caso de Barney en *Barn-Façade County*. Así pues, se tiene la impresión de que Brandom está en contra, al igual que Sellars, de un mal empirismo. Esto a primera vista, no invalidaría el lugar de la experiencia en la construcción de un modelo de comunicación.

Sin embargo, en discusión con un colega que comparte varias de las premisas con el proyecto Brandom, como es el caso de John McDowell, nos deja claro que la experiencia no tiene lugar en su proyecto. Esta discusión fue útil para develar el concepto de experiencia que tiene en mente

Brandom a la hora de rechazarla. Así las cosas, se ilustró que Brandom toma la experiencia como un tribunal que podría llevarnos a la corrección de los enunciados que emitimos cuando hablamos. De esta manera, con esa función de la experiencia como tribunal, Brandom decide ponerla a prueba y ver si tiene ese poder de corrección. Mediante unos ejemplos, Brandom considera que la experiencia tiene unos ciertos desfases con el lenguaje, de manera que es necesario descartarla del modelo que presenta.

Con la medida adoptada por Brandom, era más que lógico preguntarse por una comunicación que prescindiera de la experiencia. Más aún, si esto es posible. En este contexto, Austin y su estudio del lenguaje ordinario resultó de gran utilidad para considerar esta posibilidad. Austin parte desde el punto de una fenomenología lingüística que permitió un análisis sin cortapisas del lenguaje, y las maneras como hacemos uso de este cotidianamente. Gracias a esto, se pudo mostrar la gran relación que tiene el lenguaje y la experiencia. Lo anterior, deja enseñanzas que vale la pena indicar.

Uno de los elementos que Austin pone de presente en el uso cotidiano del lenguaje es la constante recurrencia a la experiencia, en lo que podemos llamar casos fáciles, en los que vemos una silla, e indicamos que la estamos percibiendo. Ahora bien, mediante *Sense and Sensibilia*, Austin ilustra que el lenguaje tiene una constante relación con la experiencia, en casos más complejos donde no siempre encontramos que existe un encuadre entre el lenguaje y la experiencia. No obstante, y quizá sea el aporte más importante de Austin a este respecto, el lenguaje no queda imposibilitado por la no existencia de una armonía entre este y la experiencia, antes bien, se ve beneficiado en estas situaciones. En los momentos en que la armonía no se da, el lenguaje se apoya en las palabras de ajuste para suplir este desajuste que existe con respecto a la experiencia; y este momento permite constatar que algo falta, y que es posible ir un poco más allá, que la experiencia nos está mostrando algo que en principio no teníamos contemplado, y el lenguaje se ampliará hacia ese lugar que le está indicando la experiencia. Esto es un gran beneficio para el lenguaje. Pero la relación no termina allí, pues el lenguaje puede serle útil a la experiencia para dotarla de detalles y matices que en principio no resultaban notorios. Esto nos muestra que la relación es de beneficio mutuo.

Esta relación pone en duda la propuesta de Brandom mostrando algunas falencias que esta llegar a presentar. En primer lugar, podemos ver que el lenguaje se presenta en Brandom con un solo objetivo, el de la precisión. El modo en el que Brandom presenta su juego se debe a la corrección por la que tiene que abogar el *scorekeeper*. Sin embargo, este no es el único lenguaje o característica que se presenta, pues Austin nos muestra que el lenguaje también puede ser suelto en el momento en que no presenta la armonía de cara a la experiencia. Hablando de esta última, también se muestra un elemento relevante: la experiencia en la que está pensando Brandom resulta exacerbada, y no le deja ver que esta cumple una función más variada de la que él está pensando. Así, la función de la experiencia no es exclusivamente la de hacer las veces de una corte de apelación. La experiencia, si aceptamos la propuesta de Austin, cumple otras funciones que no son solamente la de buscar la corrección del lenguaje, y más importante aún. Podemos ver que la experiencia se presenta para poder servir de guía al lenguaje: advertirle que existen objetos de la percepción que deben ser cobijados por la red del lenguaje.

Esta función novedosa en el contexto presentado permite mostrar un elemento adicional del desarrollo del lenguaje como lo presenta Austin, a saber, que el lenguaje está constantemente atento a la experiencia, así advertir que, gracias a la experiencia, en el futuro se pueden constatar cambios, y entonces el lenguaje pasar por un proceso de reconsideración. De esta manera, *Other Minds* mostraba la forma como existe una estructura en el lenguaje en el que este se ve compelido en ocasiones a revisar nuevamente los conceptos que se tiene al aviso del surgimiento de experiencias que nos son nuevas. Así pues, un modelo en que el lenguaje esté separado de la experiencia muestra que pretende ser predictivo, es decir, que lo enunciado probablemente no cambie. Por el contrario, el lenguaje en Austin no reviste dicha pretensión. El lenguaje debe ser tenido en cuenta en el momento de la enunciación, y teniendo en cuenta que en el futuro será incierto.

Finalmente, se vio mediante un ejemplo histórico la manera como opera el lenguaje, con una estructura similar a la que plantea Austin, donde el lenguaje se alimenta de la experiencia en el momento en los cuales no presenta las herramientas para asir la realidad nueva que se le presenta. De manera que nos quedan unas cuantas enseñanzas de cara a configurar un modelo de comunicación que tenga en cuenta la experiencia.

De lo anterior, se puede ver cómo Brandom está excluyendo de su proyecto una experiencia que resulta reducida, es una pequeña parte de lo que es la experiencia. Así pues, Brandom rechaza un muñeco de paja, que no existe, y piensa que no pierde mucho al sacar la experiencia de su proyecto. No obstante, mediante el análisis de Austin se hace palmaria la necesidad de un lenguaje que recurra a la experiencia, no porque la experiencia sirva como el tribunal para darle corrección al lenguaje, sino que la experiencia proporciona la materia prima esencial para la construcción del lenguaje. Por tal motivo, sostengo que el lenguaje va a tientas en la comunicación humana, y la experiencia surge como una amable guía que nos muestra por dónde debe ir el lenguaje, qué le hace falta abarcar, y al mismo tiempo el lenguaje influye esta experiencia. Vemos entonces que la experiencia debe estar presente en el lenguaje pues es parte esencial del lenguaje. Ante la pregunta ¿qué sería de la comunicación sin la experiencia? Podría decir que es un reducto de lo que realmente esta es, puesto que no podría dar cuenta de nuevos eventos que están sucediendo constantemente delante de nuestros ojos, que nos hace ver que nuestro lenguaje se queda corto, pero, más importante todavía: nuestro lenguaje se amplía y se hace más rico solamente gracias a la experiencia. Por las razones anteriormente presentadas, parece que un modelo que prescindiera de la experiencia puede tener sus razones teóricas, pero en la práctica estará condenado al fracaso puesto que parece indisoluble el entrelazamiento entre lenguaje y experiencia.

Bibliografía

- Austin, John. (1961). "A Plea for Excuses." *Philosophical Papers*. Oxford University Press. 123-152
- Austin, J. (1962). *Sense and Sensibilia*. Oxford University Press.
- Austin, J. (1970). "Other Minds." *Philosophical Paper*. Oxford University Press. 76-116.
- Brandom, R (1997). "Study Guide." *Empiricism and the Philosophy of Mind*. Cambridge: Harvard University Press. 119-181
- —. (1998). *Making it Explicit*. Cambridge: Harvard University Press.
- —. *Articulating Reasons*. (2001). Boston: Harvard University Press.

- —. (2002). "Non-inferential knowledge, perceptual experience, and secondary qualities: placing McDowell's empiricism." *Reading McDowell on Mind and World*. New York: Routledge. 92-105
- —. (2009). *Reason in Philosophy*. The Belknap Press.
- Jiménez, G. (2013). "Epítome de la conquista del Nuevo reino de Granada". *Cronistas de Indias en la Nueva Granada (1536-1731)*. Bogotá: Idartes. 17-36
- Levine, S. (2010). "Rehabilitating Objectivity: Rorty, Brandom, and the New Pragmatism." *Canadian Journal of Philosophy*: 567-590.
- Narboux, J. (2011). " 'There's Many a Slip between Cup and Slip': Dimension and Negation in Austin". *The Philosophy of J.L. Austin*. Oxford University Press. 204-240
- Sellars, W. (1997). *Empiricism and the Philosophy of Mind*. Cambridge: Harvard University Press,
- Williams, M. (2009). "The Tortoise and the Serpent: Sellars on the Structure of Empirical Knowledge." *Empiricism, Perceptual Knowledge, Normativity, and Realism. Essays on Wilfrid Sellars*. Oxford University Press, 147-187